

Jesucristo, sacerdote eterno de la Liturgia de la Iglesia

**Por:
José María Iraburu**

Y atención a lo que sigue, pues son verdades hoy muy silenciadas. *Se niega o se elude que Cristo es Sacerdote*, que nos salva por el Evangelio y por *el Sacrificio expiatorio* de su vida. Pero el centro y la fuente continua de la Iglesia es la Eucaristía, en la que el sacerdote ministro, unido a todo el pueblo cristiano sacerdotal, actualizan con Cristo sacerdote, a lo largo de los siglos, el Sacrificio de la redención del mundo y de la suprema glorificación de Dios.

–Nuestro Señor Jesucristo es el Sumo y Eterno Sacerdote que realiza en la Liturgia sagrada de la Iglesia el Sacrificio de la Nueva Alianza. Ya en el *Antiguo Testamento* se inicia la esperanza de un Mesías sacerdotal (Gén 14,18; Is 52-53; 66,20-21; Ez 44-47; Zac 3; 6,12-13; 13,1s; Mal 1,6-11; 3,1s). Y en el *Nuevo Testamento*, *el sacrificio de Cristo sacerdote realiza en forma suprema la glorificación de Dios y la santificación de los hombres*. Si la Alianza Antigua fue sellada en la sangre de animales sacrificados culturalmente (Ex 24,8), la Nueva vendrá garantizada por la sangre de Jesús, el Siervo de Yavé: «ésta es mi sangre, la sangre de la Alianza, que se derrama por todos para la remisión de los pecados» (Mt 26,28; cf. 8,17).

San Pedro contempla en Jesús al Siervo sufriente que muere por los pecadores (1Pe 2,22-25; 3,18). **San Pablo** ve en clave sacerdotal la obra de Cristo, que «se entregó por nosotros, ofreciéndose a Dios en sacrificio de agradable perfume» (Ef 5,2; 2Cor 5,7; 1Tim 2,5-6; Tit 2,13-14). **San Juan** nos muestra a Jesucristo como el verdadero Cordero pascual que quita el pecado del mundo (Jn 1,29.36), como pastor que da su vida por las ovejas (10), como purificador del viejo Templo (2,13-21), como nuevo Templo de Dios (2,21), que santifica a cuantos entran en él (17,17s). «Si alguno peca, abogado tenemos

ante el Padre, a Jesucristo, el Justo. El es la propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo» (1Jn 2,1-2).

–**La carta a los Hebreos**, *el primer tratado de cristología*, es un libro inspirado: «palabra de Dios». En él se contempla ante todo a *Jesucristo como Sacerdote santo, eterno, único* (2,17; 3,1; 4,14-5,5). «Él es el Mediador de una Alianza Nueva, a fin de que por su muerte, para redención de las transgresiones cometidas bajo la primera Alianza, reciban los que han sido llamados las promesas de la herencia eterna» (9,15). Cristo es así *el Mediador perfecto*, porque, como afirma la carta a los Hebreos con especial énfasis, es plenamente *divino* (1,1-12; 3,6; 5,5.8; 6,6; 7,3.28; 10,29), y al mismo tiempo es perfectamente *humano*, semejante a nosotros en todo, menos en el pecado (2,11-17; 4,15; 5,8). Él es el Templo verdadero, celestial, definitivo, construido por el mismo Dios, no por mano de hombre (8,2.5; 9,1.11.24). Podemos, pues, «entrar confiadamente en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, por este camino nuevo y vivo, inaugurado por él para nosotros, a través del Velo, es decir, de su propia carne» (10,19-20; *cf*, Mt 27,51).

Mientras que *los antiguos sacrificios* «nunca podían quitar los pecados» (Heb 10,11), nosotros somos ahora santificados por la grandiosa eficacia del sacerdocio de Jesucristo (7,16-24; 9; 10,118). Por tanto, el antiguo sacerdocio queda superado «a causa de su ineficacia e inutilidad» (7,18), y ya todo el poder santificador está en Jesucristo, sacerdote santo, inocente, inmaculado (7,26-28). Como dice San Pablo, «por éste se os anuncia la remisión de los pecados y de todo cuanto por la Ley de Moisés no podíais ser justificados» (Hch 13,38).

La **víctima** sacrificial que se ofrece en la Cruz-Eucaristía no está integrada por animales, sino que «nosotros somos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo» (Heb 10,10). No somos redimidos con oro o plata, sino «con la sangre preciosa de Cristo, Cordero sin defecto ni mancha» (1Pe 1,18-19; cf. 1Cor 6,20; 7,23).

Las notas esenciales del sagrado sacerdocio de Jesucristo son éstas: es un sacerdocio *elegido* por el mismo Dios (5,4-6; 7,16-17); *único*, sea porque su sacrificio fue hecho de una vez para siempre (9,26-28; 10,10), sea porque llegados en Él a la plenitud de los tiempos, «en ningún otro hay salvación» (Hch 4,12); *perfecto* en todos los sentidos (Heb 5,9; 10,14); y, por último –adviértase bien esto–, es un sacerdocio *celestial*: «el punto principal de todo lo dicho es que tenemos un Sumo Sacerdote que está sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario y del tabernáculo verdadero» (8,1).

* * *

–En su ascensión a los cielos, Cristo dejó de ser visible a los discípulos. Una vez cumplida su obra, ascendió a los cielos: salió del Padre y vino al mundo, y finalmente dejó el mundo para volver al Padre (Jn 16,28). Los discípulos «vieron» como Jesús se iba del mundo (Hch 1,9), y ascendía al cielo. Desde allí ha de venir, al final de los tiempos, para juzgar a vivos y muertos (Mt 25,31-33). Y hasta que se produzca esta gloriosa parusía, *una cierta nostalgia de la presencia visible de Jesús* forma parte de la espiritualidad cristiana. Así la expresa San Pablo:

«Deseo morir para estar con Cristo, que es mucho mejor» (Flp 1,23).
«Mientras moramos en este cuerpo estamos ausentes del Señor, porque caminamos en fe y no en visión; pero confiamos y quisiéramos

más partir del cuerpo y estar presentes al Señor» (2Cor 5,6-8). Mientras tanto, «mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo», debemos «buscar las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios» (Col 3,1). Desde esta presencia primaria de Jesús en los cielos habrá que explicar todos los otros modos suyos de hacerse presente entre nosotros, concretamente en la liturgia.

En la Liturgia se nos hace *visible* Cristo mismo, a la luz de la fe, por las palabras, los gestos y los signos, el mismo que antes de su ascensión, *nos prometió su presencia espiritual hasta el fin de los siglos* (Mt 28,20). No nos ha dejado huérfanos, pues está en nosotros y actúa en nosotros por su Espíritu (Jn 14,15-19; 16,5-15). Jesucristo, a la derecha de Dios, intercede siempre por nosotros (7,25), y ejercita permanentemente su sacerdocio celestial en favor de nosotros (Heb 6,20; 7,3-25).

Tres textos del concilio Vaticano II acabarán de mostrarnos la verdadera naturaleza de la liturgia cristiana:

1.– La liturgia es el «ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los *signos* sensibles *significan* y, cada uno de ellos a su manera, *realizan* la santificación del hombre [soteriología], y así el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro [*doxología*]» (*Sacrosanctum Concilium* 7c).

2.– «En la liturgia terrena pregustamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero (*cf.* Ap 21,2; Col 3,1; Heb 8,2)» (SC 8).

3.– «Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el *sacrificio* de la misa, sea en la persona del *ministro*, ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz, sea sobre todo bajo las *especies* eucarísticas. Está presente con su virtud en los *sacramentos*, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su *palabra*, pues cuando se lee en la Iglesia la sagrada Escritura, es él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia *suplica* y *canta* salmos, el mismo que prometió: “donde dos o tres están congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20)» (SC 7a).

* * *

–La liturgia es obra de Cristo sacerdote y de su santa Iglesia. «Realmente en esta obra tan grande [la Liturgia], por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, *Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia*» (SC 7b). Cualquier acción litúrgica, concretamente, como enseña Pablo VI, «cualquier misa, aunque celebrada privadamente por el sacerdote, sin embargo no es privada, sino que es *acto de Cristo y de la Iglesia*» (enc. *Mysterium fidei* 1965; cf. *Lumen gentium* 26).

Cristo obra con el sacerdote en la Liturgia, pues Él «instituyó a algunos por ministros, que en la sociedad de los creyentes poseyeran la sagrada potestad del orden para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y desempeñaran públicamente el oficio sacerdotal por los hombres en nombre de Cristo» (*Presbyterorum ordinis* 2).

El ministerio sacerdotal «hace perenne la obra esencial de los Apóstoles; en efecto, proclamando el Evangelio, reuniendo y guiando a la comunidad, perdonando los pecados y sobre todo celebrando la

Eucaristía, *hacen presente a Cristo*, Cabeza de la comunidad, en el ejercicio de su obra de redención humana y de perfecta glorificación de Dios» (*Sínodo 1973*, I,4).

Cristo obra con el pueblo sacerdotal cristiano la Liturgia, pues ya desde el bautismo *todo el pueblo cristiano es sacerdotal*, es decir, forma en Jesucristo un sacerdocio santo, un linaje escogido, un sacerdocio real, un pueblo destinado a proclamar entre los hombres la gloria de Dios (1Pe 2,5-9; cf. Ex 19,6). En el Apocalipsis se afirma, efectivamente, que los cristianos fieles, sobre todo los mártires, son *sacerdotes* de Dios (1,6; 5,10; 20,6).

Por tanto, *todos los cristianos han de ejercitar con Cristo su sacerdocio en el culto litúrgico*, aunque no todos participen del sacerdocio de Jesucristo del mismo modo. «El *sacerdocio común* de los fieles y el *sacerdocio ministerial o jerárquico*, aunque diferentes esencialmente, y no sólo en grado, se ordenan sin embargo el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo. El *sacerdocio ministerial*, por la potestad sagrada de que goza, forma y dirige al pueblo sacerdotal, confecciona el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo, y lo ofrece en nombre de todo el pueblo de Dios. Los fieles en cambio, en virtud de su *sacerdocio real*, concurren a la ofrenda de la eucaristía, y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, mediante el testimonio de una vida santa, en la abnegación y caridad operante» (LG 10b). En el *Canon romano* decimos: «... te ofrecemos, y *ellos mismos te ofrecen*, este sacrificio de alabanza, a ti, eterno Dios, vivo y verdadero».

Santo Tomás de Aquino: «*Todo el culto cristiano deriva del sacerdocio de Cristo*. Y por eso es evidente que el carácter

sacramental es específicamente carácter de Cristo, *a cuyo sacerdocio son configurados los fieles* según los caracteres sacramentales [bautismo, confirmación, orden], que no son otra cosa sino ciertas participaciones del sacerdocio de Cristo, del mismo Cristo derivadas» (*STh* III,63,3).

–La misma vida cristiana ha de ser una liturgia permanente. Si le pedimos a Dios que «nos transforme en ofrenda permanente» (*Anáf. III*), es porque sabemos que toda nuestra vida tiene que ser un culto incesante, ya que hemos de «dar en todo gracias a Dios» (2Tes 5,18), «siempre y en todo lugar». Y eso es precisamente la eucaristía: acción de gracias. Pero es la participación en *la liturgia de la Eucaristía* la que ha de inspirar, santificar y elevar toda la vida cristiana, la personal y la comunitaria, haciendo que realmente sea *una liturgia permanente*.

La *limosna* es una «liturgia» (2Cor 9,12; cf. Rm 15,27; Sant 1,27). Comer, beber, *obrar cualquier cosa*, todo ha de hacerse para gloria de Dios, en acción de gracias (1Cor 10,31). La *acción misionera* a la que el Apóstol se entrega es liturgia y sacrificio (Flp 2,17), de tal modo que la evangelización es un ministerio sagrado (Rm 15,16). La *oración* de los fieles es un sacrificio de alabanza (Heb 13,15). En fin, los cristianos debemos entregar día a día *nuestra vida* al Señor como «perfume de suavidad, sacrificio acepto, agradable a Dios» (Flp 4,18); «como hostia viva, santa, grata a Dios; éste ha de ser vuestro culto espiritual» (Rm 12,1).

José María Iraburu, sacerdote